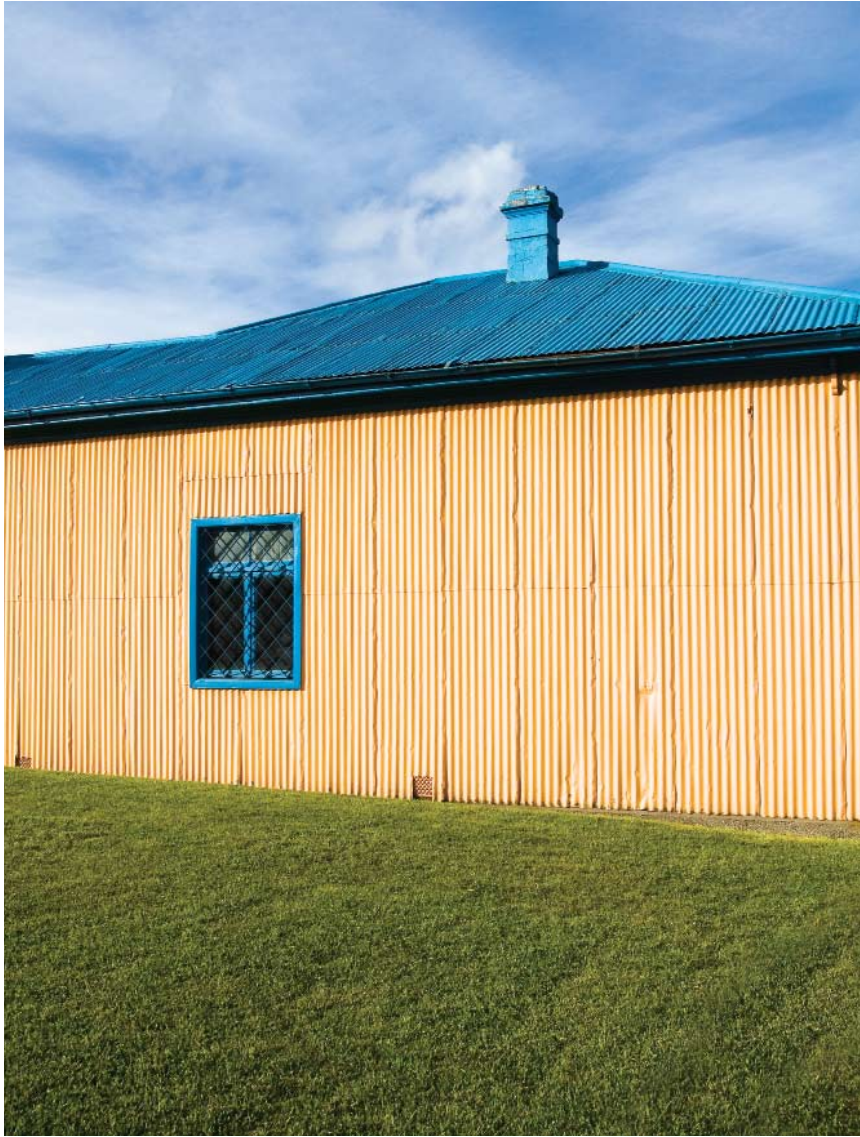




La montaña mágica

Por Diego
Flores Magón
Fotos de
Ramiro Chaves





UNA CASA EN PUNTA ARENAS.

ANTERIOR: SENDERO EN EL MIRADOR
DEL CÓNDOR EN LOS CUERNOS DEL
PAINE.

En uno de los últimos rincones del mundo

—LA PATAGONIA CHILENA—, DIEGO FLORES MAGÓN NOS LLEVA DE LA MANO POR UNA AVENTURA CUYO OBJETIVO, TOPARSE CON UNA MONTAÑA, SE CONVIERTE EN LA RAZÓN DEL VIAJE.



VISTA DEL LAGO TORO
DESDE EL PATAGONIA
CAMP. ABAJO: UN PERRO
EN PUNTA ARENAS.
ANTERIOR: UNA DE
LAS HABITACIONES DEL
PATAGONIA CAMP.



E

ntre los británicos de la era victoriana, visitar el Mont Blanc, el “monarca de todas las montañas” de los Alpes italianos, era una etapa obligada de la gira que se volvió una moda y una obligación para los aristócratas del XIX, el *grand tour* por el continente europeo. El sentimiento que naturalmente correspondía a la contemplación de la montaña era *el éxtasis*. En *The Way of all Flesh*, Samuel Butler se burla de los turistas victorianos que peregrinan al Mont Blanc preparados para emocionarse con sentimientos aprendidos y arranques verbales prefabricados.

Para hablar de este viaje, tengo que confesar que tengo algo de ese turista victoriano que sabe que a la majestad objetiva de la montaña corresponde, por convención y condicionamiento, el arrobamiento extático, y que ese momento de maravilla es ineludible y, de alguna manera, obligatorio. Es como un tributo que se le debe a un soberano. Es la transacción que da sentido a la larga y a menudo penosa peregrinación de toda excursión de montaña. Esta creencia tiene su pequeña pero venerable filosofía. Kant propone que el sentimiento de lo sublime nace ante cosas que al mismo tiempo evocan *lo ilimitado*, y proporcionan una idea contundente de su *totalidad*. La montaña es al mismo tiempo ilimitada y total. Hecha la confesión de mi neurosis victoriana, con todo y su refuerzo filosófico, tengo que hacer otra confesión preliminar: durante el tiempo que estuve cerca del monte Paine, en la Patagonia chilena, el clima siempre lo ocultó parcialmente tras un velo de nubes, o de niebla, o de lluvia, o de aguanieve, o de llovizna o de aguacero. Frente al Paine, tuve siempre la sensación de tener algo concreto e ilimitado ante mí, pero la vista siempre nos prohibió el golpe contundente de su totalidad. Estaba la campana, pero faltó el porrazo. A la pinza metafísica de lo sublime le faltó, pa-



ra cerrar, una tenaza. La atmósfera salvaje de la Patagonia, que cambiaba de manera violenta de aguacero a sol de un minuto al otro, fue constante tan sólo en eso, en velar parte de la montaña con opacidades atmosféricas de todo tipo: cúmulos, cirros, estratos (sobre todo cumulonimbos —si la meteorología no me engaña—), en un *strip-tease* del paisaje que no llegó al desnudamiento total.

En mi caso, la expectativa ante la montaña del Paine era más filosófica que cultural: ningún Shelley, ningún Wordsworth ha cantado a las Torres del Paine. Ningún Neruda, vaya. Fuera de su entorno geográfico, no existe como mito, como tema literario. Ni siquiera pertenece a la cordillera de los Andes, que tienen una mito-



EL PAINE ESTÁ EN EL FIN DEL MUNDO, Y PARA LLEGAR A CONTEMPLARLO HAY QUE HACER UNA PEREGRINACIÓN AL FIN DEL MUNDO.

logía bastante gloriosa. Y aunque de ninguna manera me atrevería a rebajar un centímetro la categoría alpina del Mont Blanc (cuya cima ha sido objeto de aburridas controversias cartográficas entre Francia e Italia), no creo que ofrezca un espectáculo menos *sublime*.

El Paine está en el fin del mundo, y para llegar a contemplarlo hay que hacer una peregrinación al fin del mundo. Pertenece, temáticamente, a otra literatura: a la del salvajismo, de lo virgen, de las fronteras, del Nuevo Mundo, del sur. Al folclor del baquiano y al eco de expediciones coloniales, a las orillas borrosas de vastos imperios destartalados. Su ámbito mitológico es el de la pampa. Como *terra noxa*, está libre de los atavismos culturales victorianos, de los tics estéticos del romanticismo. Los únicos vestigios de un condicionamiento estético estaban en mi filosofía de la montaña (mi aportación neurótica personal al paisaje) y en la repetición impúdica de las mejores vistas del monumento geológico en tazas, postales, folletos y etiquetas de cerveza de todo el sur chileno —que es, más que cualquier otro sur, un sur definitivo, planetario.

Por esta escasez de notoriedad erudita, hay que informar lo básico. El Paine, o las Torres del Paine, es una formación geológica de tres mil metros de altura que preside soberanamente al Parque Na-

cional Torres del Paine, en la región magallánica de Chile. Para llegar ahí, hay que volar de Santiago a Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes, y luego subir por tierra 300 kilómetros al norte. Geográficamente está entre la cordillera andina, al oeste, y la llanura o estepa patagónica, al sur. El camino entre Punta Arenas y el parque es llano, pero se quiebra y se dificulta entre cerros y quebradas en las cercanías del Paine. Una sinopsis narrativa, a la entrada de la reserva, resume adecuadamente la biografía del monte, que tiene 12 millones de años. “Por las venas de la tierra, un río de lava se enfría, la fuerza interior busca la luz, presiona, empuja, levanta. La tierra se rompe, se elevan las rocas, grandes columnas se acercan al cielo. El hielo cubre, pule, erosiona”. Estos dramáticos acontecimientos no tienen relación con la genealogía de los Andes. El Paine no tiene cordillera. Junto al monte, los lagos son el rasgo geográfico más notorio. Colinas, en la primavera austral, con arbustos montaraces, ríos que descienden de los hielos de la montaña. Un cóndor que levita en el aire es como un clavo en el sólido azul del cielo. El parque de la montaña tiene una extensión enorme, pero desde una colina, desde un camino, se tiene la sensación de estar mirando una maqueta: en la pradera, “un puñado de ovejas es un rebaño de piedras”, y un jinete, un baquiano, en la distancia, tiene el tamaño de una letra del alfabeto.

La actividad a que invita al parque es la caminata. La composición del paisaje varía como un caleidoscopio, y todas las vistas son hermosas y todas son inesperadas. Todo relieve, fuera del Paine, es curva, ondulación, suavidad —pero el clima es afilado y fuerte—. Un sendero conduce a un pequeño cuenco que en otra estación fue un

La composición DEL PAISAJE
VARÍA COMO UN CALEIDOSCOPIO, Y
TODAS LAS VISTAS SON HERMOSAS
Y TODAS SON INESPERADAS.







Paine significa ESE COLOR, ES EL
AGUA RECARGADA DE LOS MINERALES QUE
ARRASTRA EN EL CURSO DEL DESHIELO.

estanque. Un guanaco (un camélido pariente de la llama) mira desde una roca, impassible.

Por la distancia que hay entre el parque y la población más cercana, es necesario hospedarse en el parque o en sus alrededores. Se necesita, además, de varios días para explotar la variedad de cosas que se pueden mirar ahí, para recorrer parte de la enorme extensión del parque, para observar el panorama desde el dominio de distintos miradores, para cumplir con las peregrinaciones obligadas, para circundar la montaña, para asomarse a sus glaciares. En el parque hay algunos hoteles, hay también sitios para acampar. Un transporte de Patagonia Camp nos recogió a mí y al fotógrafo de nuestra expedición en Punta Arenas y nos llevó a Puerto Natales, pasando por la inmensa llanura de la Patagonia. En Puerto Natales recogimos a una pareja de brasileños y recorrimos los 100 kilómetros que median hasta el Camp: una docena de *gyurts*; es decir, un híbrido de cabaña y una jaima beduina —más que una casa de campaña, en un terreno en pendiente, que baja hasta la orilla del lago Toro—. El comedor, el bar, un área de estar forman la cabeza del establecimiento. A las seis de la tarde, un viento furioso azotaba los amplios ventanales que dan al lago, y en los días claros, al macizo del Paine. Una verdadera borrasca. El clima asediaba nuestro enclave de confort, fiel a los estándares del lujo, en el centro de un paisaje obstinado en ser fiel, a su vez, a su aureola de salvajismo. La batalla era un empate. Con una conminación en que la cortesía competía con la autoridad, se nos requirió en el quincho, o pabellón, para echar nuestra suerte. A las siete de la noche, a los huéspedes, por grupo, se les invita a elegir entre dos o tres opciones de excursión de montaña, que los guías elaboran según una predicción, siempre falible, de las condiciones atmosféricas. Creo que nuestro grupo (dos matrimonios chilenos y otro brasileño, además de nosotros) se decidió *en masse* por la opción que prometía acercarse más al objeto central del espectáculo, las Torres del Paine. Se sirvió *calafate sour*, se procedió a la cena. El viento nunca declinó, me parece, en toda la noche. De vuelta a mi *gyurt*, tengo la sensación de haber despertado en la noche con un sobresalto, temiendo que el viento volara mi tienda. El techo, entre lona y acrílico, latigaba y daba chasquidos inquietantes. Tal vez amaneciera con mejor clima. Las predicciones de nuestros guías eran más bien pesimistas. Y todos, no sólo yo y mi filosofía, queríamos ver a la montaña en plenitud de forma, en su esplendor.

A la mañana siguiente salimos de excursión, corroborando con el día los pronósticos más pesimistas. La entrada al parque está a no más de media hora en “van”, siguiendo el contorno del lago Toro, que es de un extraño color turquesa, de aspecto lechoso. Paine significa ese color, es el agua recargada de los minerales que arrastra en el curso del deshielo. En el fondo, la montaña se veía agobiada por un país de nubes denso, lento, implacable. Íbamos a ver, como podíamos ver casi desde esta distancia, las faldas del macizo Paine, pero no la cumbre, las Torres. A la entrada del parque, dos jinetes cabalgaban a lo lejos, como para acentuar, con su pequeña rúbrica en el paisaje, la profundidad del espacio, como para indicar, con la evocación del baquiano, la clave mitológica del recorrido. El plan es caminar. La van nos lleva hasta un punto, y de ahí caminamos. Nos recoge en otro, y andamos un trecho más. Hacia nuestra primera parada, el paisaje comienza a desdoblarse y a descubrir su textura inmediata, íntima. Estanques y pastizales relucientes que el viento repasa con su caricia ondulada. Yervas relucientes de pradera, y las primeras aves, que serán las custodias errantes de nuestra camina-

ta. Patos tersos, curvos, circunspectos. Hacemos una parada para mirar el lago Pehoé, de un azul postizo. Los vislumbres de la montaña, espectrales, tras de las nubes, son un abono de su abundancia. Son ya una forma magnífica: ilimitada. Seguimos nuestro camino hasta el paraje designado.

Felipe, nuestro guía, llamaba la atención del grupo sobre una flor, sobre un arbusto, sobre el espectáculo menudo del tapiz espectacular. Hay flores que se llaman sandalias de la virgen, hay mechones de gramíneas espigadas. Hay, en cada peñasco y en cada guijarro, el indicio de una geología. Cada recodo depara un pliegue o un despliegue inesperado. Detrás de una colina, está la altura: a nuestros pies, una manada de lagos que yace desperdigada entre lomas. El viento colérico de la montaña levanta el agua, como si arrancara una cosecha, y la dispersa en el aire, la vuelve lluvia o la vuelve nube, la disemina en la pureza del paisaje. Bajamos por un sendero. Rodeamos la orilla del lago hasta llegar a un paraje al abrigo del viento. Un congreso de piedras blancas, en actitud de espera, documenta el origen oceánico del paisaje. Son vestigios de bacterias inmemoriales, a la orilla de un lago sin pesca, por la hostil saturación de mineral.

Flores menudas, arbustos recios, espinos en flor y, en el claro, la carroña de un guanaco: restos del *picnic* del puma, obsequiado indolentemente a los zorros. A nuestra espalda, la montaña medita ominosamente, cubierta de nubes grávidas.

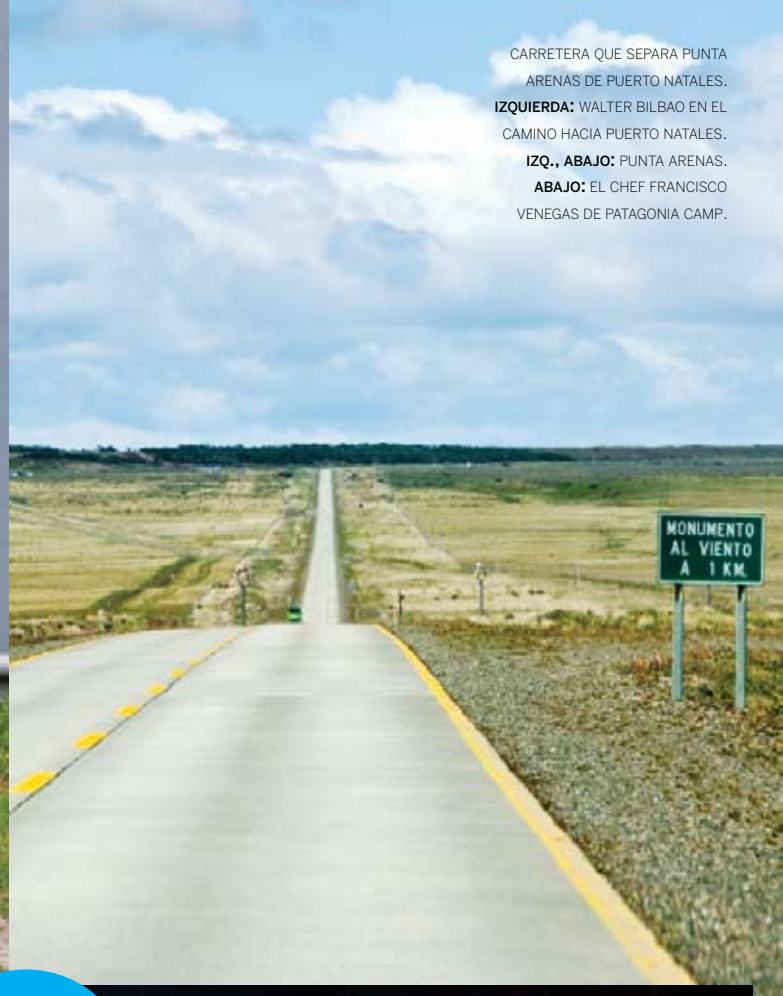
El menú de la noche es cordero al palo. En el quincho, Francisco, el chef de Patagonia Camp, custodia la caza como quien vela sus armas. Se doran al fuego. El resto del menú evoca el rudo alimento de la pampa: papas asadas, vegetales y vinos del valle de Rosario, entre Santiago y Viña del Mar: muy lejos de aquí. Los chilenos, me dice Francisco, están apenas descubriendo la Patagonia. Para un chileno, el sur es Chiloé, Puerto Montt, mil kilómetros al norte de aquí. La mística de este lugar descansa, en parte, en el hecho de encontrarse en el fin del mundo.

La penitencia es la contraparte del éxtasis metafísico de la montaña. Se verifique o no la revelación del paisaje, hay que padecer las penalidades de toda peregrinación.

El clima de la Patagonia hace más aguda la fatiga, la incomodidad, la saturación, es decir, el precio que la naturaleza pone a cambio de sus desnudamientos, incluso parciales. La dulzura del hospedaje de Patagonia Camp consiste en oponer a los dolores de la intemperie la calidez de un alojamiento civilizado, que se corona con acceso a internet, pero que asciende por una gama que —dado el salvajismo del entorno y las condiciones climáticas— comienza por un lugar seco y tibio, y una cocina irreprochable, y un bar, y un establecimiento que en su estilo trasciende lo simplemente adecuado para buscar plantar sus pies sobre el terreno ideal del “diseño”, donde se cruza el buen gusto internacional vigente con la esfera tradicional de la elegancia.

Junto al fuego de la civilización, se prepara *lo cocido*, para contrarrestar tanta exposición a lo crudo, lo bruto, lo silvestre. Con la vaga culpabilidad de no haber podido apreciar a la montaña en su esplendor accedí, resignado, a recibir la recompensa de una cocina inmerecidamente delicada. Como un premio de consolación, como una sátira de mis profesiones románticas, el chef me sirvió de postre un “suspiro peruano”: sobre un subsuelo de dulce reposa un pequeño merengue, sonriente, en forma de volcán. Para mis adentros cité un pasaje de Wordsworth, en que lamenta ver la cumbre del Mont Blanc, porque pierde, para siempre, una viva imaginación.

JUNTO AL FUEGO DE LA CIVILIZACIÓN, SE PREPARA LO COCIDO, PARA CONTRARRESTAR TANTA EXPOSICIÓN A LO CRUDO, LO BRUTO, LO SILVESTRE.



Patagonia Camp se ubica a 74 km de Puerto Natales, a orillas del lago del Toro.



CARRETERA QUE SEPARA PUNTA ARENAS DE PUERTO NATALES.
IZQUIERDA: WALTER BILBAO EN EL CAMINO HACIA PUERTO NATALES.
IZQ., ABAJO: PUNTA ARENAS.
ABAJO: EL CHEF FRANCISCO VENEGAS DE PATAGONIA CAMP.

PUNTA ARENAS Y PUERTO NATALES

Punta Arenas está en el fin del mundo; es el asentamiento urbano más austral del planeta. Es bueno tocar el agua del Estrecho de Magallanes: la clase de lugar que es sobre todo una dimensión cartográfica, y que parece tener una realidad subsidiaria a la forma fundamental del mapa. En el pasado fue un pueblo a la vera de las grandes travesías oceánicas. La clase de pueblo en que recaen los personajes de Stevenson, de Conrad. La toponimia local evoca remotas expediciones, vagas posesiones, apenas lingüísticas, de un territorio ingrato: Skyring, Otway, Beagle, Picton, Lennox. Sandy Point era el nombre de un puerto necesario en el camino del estrecho. Más presentes que los fantasmas de imperios extintos son los fantasmas de los migrantes que humanizaron el territorio, con sus cercas, sus ganados, sus mercaderías. El cementerio de Punta Arenas rebosa de tumbas croatas. Ellos domesticaron lo domesticable de la estepa patagónica.

Punta Arenas es un enclave de frontera por los cuatro costados. Nunca se desprende del Estrecho de Magallanes, y en la distancia, a través del estrecho, se puede ver la orografía accidentada de Tierra del Fuego. Detrás de cada loma está Argentina. Con un candor estudiado, cada tanto hay monumentos ofensivos: un buque, un cañón, un aeroplano prestan su desapacible ornamentación a una glorieta gratuita, a un acceso restringido. Con ellos, la frontera emite su señal ambivalente de protección y amenaza. Cuartel y astillero ensayan poblar un paisaje inhóspito y, no obstante, colonizado. Incluso los perros tienen una actitud peculiar. Son menos pasivos, menos implorantes que los perros de la ciudad, más indolentes y orgullosos, y son mucho más numerosos. Andan en pandillas, a trote, cruzando las calles, y son los automóviles, y no ellos, los que se esfuerzan en la evasión.

Punta Arenas tiene la tristeza y la solidez de un pueblo eslavo. La ciudad ha sabido construir una prosperidad sin belleza. En la placita central, donde es costumbre sobar el pie de un indio fueguino que custodia la figura soberana de Magallanes, hay algunas casas de magnates latifundistas del siglo XIX, con una ostentación que hace pensar en el *Fitzcarraldo*, de Herzog.

El atributo principal de Punta Arenas es la lejanía. En el mirador, encaramado en una colina, un poste ostenta señales con nombres de sitios y su distancia, que los turistas pagan para dejar un “estuvo aquí” en el fin del mundo. Seúl, Lisboa, Beijing y los tantos miles de kilómetros que los separan de uno de los puntos de la Tierra que son remotos de un modo absoluto para la imaginación.

Y entre Punta Arenas y Puerto Natales, la siguiente parada en el camino al Parque Nacional, nada, más que la estepa y el viento. Algunos cercos, algunos troncos achicharrados por el incendio de hace una década son gestos desperdigados en la monotonía del paisaje. Un monumento al viento, a mitad de la nada, refuerza involuntariamente la sensación de lo vacante. El camino, en Puerto Natales, de nuevo se acerca al mar. De aquí parten las embarcaciones que llevan a los glaciares. Un pueblo ganadero de 1911, donde sopla un viento que arrebató el aliento y que impide tenerse en pie. Ahuyenta a todos al interior de sus casas: salvo al perro estepario.

En la estación donde paramos a recargar gasolina y tomar un café, el chofer nos habla de la proeza de Walter Bilbao, que caminó de Punta Arenas a Puerto Natales, durante varios días, por una causa de beneficencia —un acto de inconfundible sabor católico—. Distancia y peregrinación, penitencia e inclemencia geográfica son temas recurrentes de la Patagonia chilena.

PATAGONIA CAMP DE NOCHE.
SIGUIENTE: PUNTA ARENAS.

DÓNDE DORMIR

HOTEL REY DON FELIPE

Armando Sanhueza 965
Punta Arenas
T. +56 (2) 246 8635
www.hotelreydonfelipe.com

PATAGONIA CAMP

Parque Nacional Torres del Paine
T. +56 (2) 334 9255 (en Santiago)
www.patagoniacamp.com

Agradecemos el apoyo de Turismo Cocha para los traslados dentro de Chile (www.cocha.com).

En el mirador DE LA CIUDAD, ENCARAMADO EN UNA COLINA, UN POSTE OSTENTA SEÑALES CON NOMBRES DE SITIOS Y SU DISTANCIA, QUE LOS TURISTAS PAGAN PARA DEJAR UN “ESTUVO AQUÍ” EN EL FIN DEL MUNDO.

